4642

WILLIAMS SHAKESPEARE

1564-1616

La Fierecilla Domada

(The Taming of the shrew)

Comedia lírica en tres actos

Jorda

MADRID
Sociedad de Autores Españeles
1913

2

2108-8

La fierecilla domada

Esta refundición es propiedad y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

La fierecilla domada

COMEDIA LÍRICA EN TRES ACTOS

DE

SHAKESPEARE

REFUNDIDA POR

JOSÉ M.ª JORDÁ Y LUIS DE ZULUETA

MÚSICA DEL MAESTRO

ENRIQUE MORERA

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
BAUTISTA, padre de		Sr. Felipe Agulló
CATALINA y		Sra. María Luisa Labal
BLANCA		Srta. Salud Rodríguez
PETRUCHIO (Barítono)		Sr. José Ortiz de Zárate
HORTENSIO (Tenor)		» Rafael López.
GRUMIO, criado de Petruchio		» Francisco Gallego.
LUCENCIO		» Faustino Bretaño
GREMIO		» Jesús Navarro.
UNA VIUDA		Srta. Lola Alcántara
JUAN	Criados	
JORGE	Criados	
CRIADOS	Criados	
FELIPE	Criados	
NICOLÁS	Criados	
CONVIDADOS 1.º y 2.º		
UN SASTRE		

Coro general

ACTO PRIMERO

Escena: Salón espacioso y bien decorado, con grandes arcadas o ventanales en el fondo, por los que se ve el jardín. A un lado del fondo, una puerta por la que se saldrá a la capilla, medio oculta entre los árboles. A la izquierda, puerta de entrada que da al patio. A la derecha dos puertas que comunican con las habitaciones interiores. Muebles lujosos. Mesa en uno de los lados, cerca del centro de la escena.

ESCENA PRIMERA

BAUTISTA, GREMIO y BLANCA, y en seguida CATALINA

(Al levantarse el telón apenas terminado el preludio, se oyen dentro gritos y estrépito de cristalería que se rompe. Bautista, Blanca y Gremio, viejo pretendiente de la anterior, entran al darse cuenta del escándalo y se dirigen hacia la puerta de la derecha más cercana al público.)

CAT. (Desde dentro.) ¡Toma, deslenguada, toma! ¡Toma, mala víbora! ¡Toma, hija del fango! (Nuevo ruido como de copas que se rompen.)

BLAN. Está rompiendo toda la vajilla.

BAUT. ¿Qué hija es esta, Dios mío, o qué es esto que me has dado por hija? ¿Y con quién riñe ahora?

BLAN. Con su doncella será, padre mío! (Nuevo ruido.) ¡Oh! le tira las copas por la cabeza.

GREM. ¡Dios nos libre!... Amigo, detened por el cielo, a esta furia desencadenada...

BAUT. Pero, Catalina... ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre?

(Aparece Catalina furiosa y moviéndose violentamente.)

CAT. ¿Qué ocurre?... ¿qué ocurre? Pues lo de siempre... ¡que váis a matarme entre todos! ¡Hasta esta perdida me contesta!... ¡este harapo de mujer!... ¡esta mendiga!... ¡ya le enseñaré yo cómo se debe hablar!

GREM. Ya, ya se ve...

CAT. ¿Qué?... ¿Qué?... ¡Todos contra mí!... ¡En esta casa no se puede vivir!

GREM. ¡Ahora has dicho la verdad!

CAT. ¿Qué?... ¿Qué dice?... ¡Cúidese usted de su casa!... En casa propia dicen que el necio sabe algo. ¿Quién le ha llamado a usted aquí?... Ya estoy cansada de visitas impertinentes...

BLAN. El señor Gremio no te ha querido molestar...

CAT. Sí, defiéndele... ¡Claro!, como es tu enamorado. ¡La cara se me caería de vergüenza si me galanteara un viejo verde, feo y tonto! Que es rico, ¿verdad? ¡Ya, ya! ¡Ya te esconderá en su día sus monedas, como ahora te oculta sus alifafes!

BAUT. ¡Catalina! ¡Catalina, eres una mal educada!

CAT. ¿Y mi hermanita, en cambio?... Sí... si lo sé de memoria...

BAUT. Tu hermana, por lo menos, no tiene ese genio...

CAT. Pues yo sí. Y el que no me quiera, que me deje...

BAUT. Esa es mi desdicha... Que te irán dejando todos... Hoy precisamente...

CAT. Vais a hablarme de algún nuevo pretendiente... ¿no es eso? ¿Y cómo se llama ese caballero, esa flor de la caballería?

BAUT. No es cosa de chanza. Ya te hablaré de ello en otra ocasión. (A Gremio.) El caballero Petruchio de Verona.

GREM. ¿Petruchio os ha pedido la mano de Catalina?

BAUT Ciertamente, y en un mensaje lleno de pa-

sión, a lo enamorado. Se ve que el mancebo está loco...

GREM. Debe estarlo...

CAT. ¡Es un imbécil!

BAUT. ¡Pero si no le conoces!...

CAT. Ni quiero conocerle.

BAUT. (A Gremio.) Me dice en su carta que está prendado de Catalina, a la que ha visto por la calle, y pide mi venia para presentarse en esta casa.

GREM. ¿Y le habéis contestado?

BAUT. Que sería bien recibido. Pero por mi desgracia me parece que no le he dicho la verdad.

CAT. (Exasperada.) ¿Por qué yo no sabré recibirlo? Porque soy un demonio, una harpía... ¿Ya le habéis dicho todo esto? ¡Pues le habéis dicho la verdad! Desde hoy lo seré... lo haré y desharé todo a mi antojo... Ya estoy cansada de sufrir y de aguantar... (Recorre la escena como una fiera enjaulada.) No quiero avisos, no quiero sermones... Ya no soy una chiquilla... ¡Quiero.. quiero mandar! ¿véis?... ¿véis? (Empieza a arrojar muebles al suelo con grande estrépito.) ¡Quiero destrozarlo todo!... ¡todo lo haré añicos!

BLAN. (Corriendo detrás de su hermana.) ¡Por Dios, Catalina!

BAUT. Ya empezó el fregado.

GREM. ¡Y qué fregado! ¡Bien limpia quedará la casa! (Sale Catalina como una tempestad, seguida de Blanca).

ESCENA II

BAUTISTA y GREMIO

GREM. ¡Cómo os compadezco, mi buen amigo!

BAUT. Podéis hacerlo. Esta casa es el mismo infierno.

GREM. Pero en el infierno no hay ángeles como vuestra Blanca.

BAUT. Ni demonios tan demonios como Catalina. ¡Así cargara con ella ese bueno de Petruchio! Es hijo de mi amigo Antonio de Verona... Si pudiera la cosa llevarse adelante, casaríamos luego a Blanca...

GREM. También podríais casar a ésta primero y luego...

BAUT. ¡Luego quedarme a solas con Catalina! Me guardaré de ello como de quemarme. Blanca no se casará hasta que su hermana encuentre marido. Entendedlo bien, querido Gremio, habéis de comenzar por ahí.

GREM. ¡Lindo comienzo á fe mía!

CRIADO (Entrando). El maestro de música y el de retórica piden permiso para entrar...

BAUT. Diles que pasen... (Sale el criado.)

GREM. ¿Son los maestros de vuestras hijas?

BAUT. Son los nuevos maestros. Nadie puede soportar a Catalina. Los anteriores salieron medio descalabrados... Estos son dos sabios; enseñan con verdadero amor y por métodos muy recientes y perfectos... (Entran Hortensio y Lucencio vestidos de maestros.)

ESCENA III

BAUTISTA, GREMIO, HORTENSIO y LUCENCIO

HORT. (Desde la puerta). ¿Dan permiso?

BAUT. Hagan la merced de pasar, señores maestros. (Entran Hortensio y Lucencio) y bien venidos sean...

HORT. Perdonad, señor, que os hayamos interrumpido. Antes de la lección, quisiera honrarme diciéndoos algunas palabras.

BAUT. Habladme francamente... ¿Acaso... hay en alguna de mis hijas, algo que os haya disgustado?

HORT. ¡Todo lo contrario, señor!... (Con vehemencia.)

GREM. (Este profesor es desenvuelto como un

estudiante. El otro parece más reposado)...

BAUT. (A Lucencio). ¿Y vos no estáis aún cansado de las lecciones?... Como el carácter de Catalina...

LUC. El genio áspero de vuestra hija mayor está crecidamente compensado por la bondad de Bianca.

GREM. (Este pedagogo, es peor que su compadre. Habla como un clérigo. ¡Bien cocido tengo mi pan por las dos caras!)

BAUT. (A Hortensio.) Pues entonces, vos diréis lo que deseábais decirme.

HORT. Dos palabras, señor, dos palabras para anunciaros la visita de un ilustre amigo mío, a quien acabo de encontrar... El caballero Petruchio de Verona.

GREM. ¿Cómo?... ¿cómo?... decís que sois amigo...

HORT. Tengo este alto honor, a pesar de lo humilde de mi clase y oficio... Conocí al caballero Petruchio, al que di lecciones de música en Verona.

BAUT. Yo, en efecto, le espero hoy, aunque nunca me ha honrado con su trato. Pretende a mi hija Catalina...

HORT. Me lo ha dejado adivinar, señor...

BAUT. Pero temo que retroceda ante su indómito carácter...

HORT. No lo temáis, señor. El caballero Petruchio es capaz de todos los desatinos. Hombre firme y decidido, hace látigos de las bridas y espuelas de los bocados. Vence y convence; *puja*, *empuja* y *sobrepuja*. Las *negaciones* le alientan, las injurias le adulan, las asperezas le acarician.

BAUT. ¿Es posible? ¡Gran ventura la mía si así fuese!

GREM. ¡Cómo tarda en llegar!

HORT. Dijo que iba a arreglar cierto asuntillo, que barrunto sea su boda. Preparadlo todo, señor, porque no es persona de largos cortejos.

BAUT. Bien, bien. Os agradezco de veras la noticia.

GREM. Y yo, señor Bautista, os felicito por ella.

LUC. Permitid que añada mi modesta enhorabuena, señor.

HORT. Y ahora con vuestro permiso, empezaremos las lecciones. Tengo que enseñar a mi señora doña Blanca, una canción un poco difícil.

BAUT. Como gustéis. (Hortensio va a salir, pero Lucencio se adelanta vivamente. Porfían los dos delante de la puerta.)

LUC. Permitid: yo iré primero. La letra es antes que la música.

HORT. ¡Oh!... ¡oh!... No os permitiré que rebajéis en nada mi divino arte. La música templa los ánimos y los previene y dispone para toda otra enseñanza.

LUC. Pues podéis entretanto, ir templando el ánimo de doña Catalina, que bien necesita de templanza.

GREM. ¡Atiendan y aguarden un momento!... Bueno es el ardor en el trabajo, pero parece ¡vive Dios! que usted, señor, retórico, y usted, señor guitarrista, tienen sobrada preferencia por las lecciones de doña Blanca.

BAUT. No os ofendáis, mi buen amigo, y considerad que la cosa es natural...

HORT. (Con una cortesía maliciosamente exagerada.) Sentitimos haber motivado la reprensión de un caballero respetable por sus años...

LUC. (Con otra reverencia burlesca.) Ante cuyas canas nos postramos humildemente. (Se oye ruido hacia la izquierda.)

BAUT. Callen, callen. Alguien entra en el patio.

GREM. Debe ser Petruchio.

BAUT. El caballero Petruchio debe ser...

LUC. (¡La presa de la fiera!)

HORT. (¡El domador!)

ESCENA IV

Los mismos y PETRUCHIO DE GRUMIO

(Entra Petruchio majestuosamente y con un aire grotesco de valentía; Grumio, tras él, imita y exagera todos sus gestos y ademanes.)

Música

PETR. Señor, yo soy Petruchio:
mi cuna está en Verona,
mi genio es apacible,
amable mi persona,
rarísimas en todo
mis cualidades son.
De mozo fuí por tierras
de turcos y salvajes.
Pasé hambre, sed y fiebre:
vi incendios, muertes, guerras,
y así se fué ablandando
mi pobre corazón.

—

La fama que pregona
mi nombre y mis bondades,
me trajo hasta Verona
grandiosas novedades
de cierta Catalina,
doncella peregrina
que nunca tuvo igual.
La fama que pregona
mentiras y verdades,
llegó hasta mi persona
con estas novedades,
pintando a Catalina
tan dócil y callada,
tan dulce, amable y fina,
que yo no soñé nunca
mujer tan ideal.
Juré ser yo la concha

de esta escondida perla;
tomé bolsón y espada,
emprendí la jornada
para venir a verla;
y he aquí que hoy os la pido,
pues no tendré reposo
hasta habernos unido
como esposa y esposo
los dos para los dos.
Y he aquí, señor Bautista,
expuesta mi demanda,
bien clara y a la vista;
sabéis ya lo que espero,
sabéis lo que me abona.
Y he aquí que el caballero
Petruchio de Verona
se inclina hoy ante vos.

(Hace una gran cortesía.

Hablado

BAUT. Paréceme, señor Petruchio, que llegáis mal informado acerca de mis hijas.

PETR. Señor: en primer lugar, haced que se larguen esos dos dómines, pues no me gustan los importunos, y menos en asuntos serios...

BAUT. (A los maestros.) Podéis, amigos, pasar a vuestras respectivas lecciones. (Los dos se van, procurando cada cual ser el primero. Grumio, celoso, marcha tras ellos.)

GREM. Con vuestra licencia, salgo también. (Sale precipitadamente.)

PETR. ¡Perfectamente! (Viendo irse a los tres)

BAUT. No puedo engañaros, señor Petruchio... No puedo dejaros más tiempo en vuestra ilusión. Mi hija Catalina es bien distinta de lo que suponéis. ¡Triste de mí! Es terca, dura, incorregible. Mirando, ofende; hablando, injuria; andando, pisotea...

PETR. No continuéis, señor, el elogio de Catali-

na. Vuestras alabanzas son como la cúspide, la banderita puesta en lo alto del fortísimo edificio de mi amor. El mayor encanto de vuestra hija es su hermoso carácter de... lo diré veladamente... de alimaña montaraz, que se avendrá bien con mi genio de jabalí. Formaremos un hermoso duo. Porque si bien canta el abad, creedme, señor, no le va en zaga el monaguillo. Pero decidme cuanto antes si me aceptáis. Estoy impaciente. De Verona vengo, a Verona voy, y no tengo tiempo ni humor de cortejar más de un día.

BAUT. Temo que vuestro aliento os engañe; mas por mi parte, caballero Petruchio, os acepto, abriéndoos de par en par los brazos.

PETR. Pues basta de palabras. ¡Grumio: tu señor ha triunfado!

GRUM. ¡Recibid mi enhorabuena, señor!

PETR. ¡Dásela también a mi suegro!

GRU. Y vos también, señor; porque teniendo una fiera en casa, escogéis un yerno que aumentará vuestra colección. (Petruchio da un puntapié a Gremio que le hace rodar por el suelo).

PETR. Y decid, señor suegro: ¿qué dote dáis a vuestra hija?

BAUT. Veinte mil escudos. Y la mitad de mis bienes cuando yo muera.

PETR. Y los primeros ¿los tenéis aquí a la mano?

BAUT. ¿Por qué tal pregunta, señor Petruchio?

PETR. Porque si los tenéis me casaré hoy mismo.

BAUT. ¡Dios del cielo! ¡Esto es imposible!...

PETR. Es imposible que antes de una hora vuestra hija no sea mi mujer... (Bosteza.) he jurado no dormir, hasta que duerma con Catalina y... Lo he jurado por mi almohada.

GRU. Lo ha jurado por su almohada, señor...

BAUT. Pero no contáis con Catalina. Cierto estoy de que se opondrá a la boda.

PETR. La hablaré, señor Bautista, y cosa resuelta.

BAUT. Vuestras palabras avivarán el fuego de su ira...

PETR. Una brisa ligera aumenta una pequeña llama: un huracán apaga un gran incendio. Bastará un instante... ¡Por mi lengua lo juro!

GRU. Lo ha jurado por su lengua... señor...

PETR. Dejadme a solas un momento con mi dulce enamorada... Nuestro coloquio será tan breve como tierno. Y entretanto, suegro mío, disponedlo todo para la ceremonia sagrada. Preparad la boda.

GRU. Y los veinte mil escudos...

BAUT. Como queráis, Petruchio. Voy a avisar a Catalina. Pero si tuviérais un poco de sosiego...

PETR. ¡No lo tengo! ¡Lo juro por mi espada!

GRU. ¡Lo ha jurado por su espada, señor!

BAUT. Es que...

PETR. (Con tono de gran indignación) ¡Voto a vuestra sangre!... ¡He dicho ahora mismo!... ¡Me casaré ahora mismo con vuestra hija y con los veinte mil escudos y con veinte mil de a caballo! ¡Lo juro por las barbas de mi suegro!

GRU. Lo ha jurado por las barbas de su suegro, señor...

BAUT. No os incomodéis, mi querido señor Petruchio.

PETR. (Cambiando de tono y con mucha dulzura.) ¿Véis, señor, como amigablemente nos hemos entendido? (Gran saludo.) Id, id, suegro de mis entrañas, que aquí espero anhelante la llegada de la que me quita el sueño. (Sale Bautista).

ESCENA V

PETRUCHIO, GRUMIO y luego CATALINA

PETR. ¿Qué te parece mi suegro, Grumio?

GRU. Que deseo convenzáis a la hija tan fácilmente como al padre.

PETR. La cosa no es en verdad mucho más difícil. Procura tú apartarte y no interrumpas la libertad de nuestros abrazos.

GRU. Arañazos, que no abrazos esperaría yo de esta fierecita... Pero mirad... ahí viene... ¡y es hermosa, por mi alma, la gata salvaje!

PETR. ¡Tan hermosa como buena! (Entra Catalina iracunda y con malos modos).

CAT. ¿Sois vos un necio presuntuoso que solicita casarse conmigo?

PETR. (Con exagerada sorpresa y admiración.) ¡Oh! ¡Cómo miente el mundo! ¡Dicen que sois arisca y sin embargo me saludáis con las palabras más dulces, Catina mía!

CAT. Me llamo Catalina.

PETR. Como os plazca. En todo vuestra voluntad, Catina hermosa.

CAT. Catalina he dicho, señor tropiezos.

PETR. Eso, eso, siempre Catina, siempre Catina.

CAT. Y vos necio, siempre necio...

PETR. ¡Gracias!... ¡Gracias por vuestros elogios, Catina de mi alma, paloma mía sin hiel! (Haciendo ademán de tirar de la espada y con gritos desaforados). ¡Sí, sí, aunque todos se opongan a nuestro amor, hoy mismo seréis mi esposa!

CAT. ¡Nunca! pícaro insolente, ¡nunca! ¡Dejadme! ¡Quiero que en el acto salgáis de mi presencia!

PETR. ¡Cómo os agradezco, amor mío, que me permitáis estar a vuestro lado!

CAT. Os detesto. ¡Sois el peor nacido de cuantos hombres he tratado! ¡No os acerquéis a mí!

PETR. ¿Qué decís? ¡Me avergonzáis con vuestros favores! ¿Qué os abrace? (Le da un tremendo abrazo.)

CAT. ¡Atrevido! ¡sátiro! ¡demonio!... ¡Toma! ¡toma! (Le da dos bofetones.)

PETR. (Dominándose y con la mano en la mejilla). ¡Qué cariñosa sois, bella Catina! ¡Tenéis la mano más suave que los lirios! ¡Gracias por

vuestras caricias que os volveré centuplicadas!

CAT. ¡Infame! ¿Os llaman caballero y pegaríais a las mujeres?

PETR. ¡Oh! no. A la mía nada más... ¡Siempre a la mía, mi Catina enamorada! ¡Ni una infidelidad, os lo juro! ¡Sólo a la mía!

CAT. ¡Sois un grosero, un deslenguado, un hombre violento y sin crianza! ¿Qué digo un hombre?... ¡Peor que una fiera!

PETR. ¡Justo! El uno para el otro...

CAT. ¡Pues, toma! (Ya a darle de bofetadas, pero él la sujeta con un formidable abrazo.)

PETR. ¡Toma, tú! No nos separaremos jamás, ¿verdad, Catina? (Continúa abrazándola brutalmente y le tira con la mano besos que parecen cachetes, extremando hasta el fin de la escena sus bruscos y grotescos arrebatos). ¡Abrázame, abrázame, aunque me ahogues! Así... así... no me ocultes tu amor que pronto será santificado ante el altar... No dudes de mí, porque te juro que seré tu esposo, aunque se oponga el mundo entero...

CAT. (Forcejando inútilmente.) ¡Soltadme! ¡Dejadme! ¡Por favor!

PETR. (Aflojando un poco los brazos). Hemos nacido el uno para el otro. Yo estoy lleno de cariño; tú llena de ternura; yo soy manso como un cordero; tú dócil como una oveja. ¡Nuestra casa será un paraíso! ¡Alégrate, esposa mía! ¡Alégrate, Catina!

CAT. ¡Me ahogáis! (¡Qué hombre tan raro!)

PETR. (La suelta). ¿Y bien, Catina mía, nos casaremos ahora mismo?

CAT. ¡Jamás, jamás, jamás!

PETR. Gracias; pues, así, asunto concluído. Llamaremos a tu padre y en seguida pasaremos a la capilla...

CAT. No, no, nunca seré vuestra esposa.

PETR. (Con ferocidad). ¡Juro por la luz de tus ojos que lo serás antes de la noche! ¿Entiendes? ¡Yo lo quiero! Y ahora llama a tu padre y

en su presencia repetirás los juramentos de amor que me has hecho a solas... ¡Señor suegro, mi estimado suegro, venid, venid pronto, y veréis a dos enamorados jurándose un indomable amor!

ESCENA VI

Dichos, BAUTISTA, GREMIO, BLANCA, HORTENSIO y LUCENCIO

PETR. ¡Llegad todos a contemplar a la dulce Catina en brazos de su esposo!

BAUT. ¿De veras?

PETR. Ella es tierna, bondadosa, obediente. Sólo que el mundo no la conoce.

BAUT. Pero... ¿De veras? ¡Habla, hija mía, habla!

PETR (Casi ahogándola entre sus brazos.) ¡Habla, habla, Catalina!

CAT. No quiero...

PETR. ¿Habéis oído?... No quiero, dice, retardar, ni un momento nuestra felicidad.

CAT. (Sofocada.) ¡Es un farsante... un villano!

PETR. (A grandes voces.) Sí, sí, es un farsante, un villano el que quiere oponerse a nuestro enlace. ¿Quién lo duda? ¿Quién será osado a dudar de mi Catina? Sí, sí, tienes razón; abrázame; no te sonrojes, no, de abrazar a tu esposo! ¡Ay del que dificulte nuestro amor! ¡Ay del que quiera arrancar a la enamorada Catina de los brazos de su amado! (Saca la espada, dando al aire tajos y mandobles. Grumio hace lo propio, exagerando la nota.) ¡Basta, Catina, basta! No hay más... todos están convencidos... nadie tiene derecho a dudar de nuestro amor. Y ahora, señor y suegro mío, preparadlo todo para la ceremonia de nuestras bodas. Antes de una hora, en la capilla. Yo voy a vestirme como novio alguno se ha presentado nunca ante el altar.

BAUT. Ella acepta ¿verdad?

PETR. ¿Cómo? ¿No acabáis de oirlo? (Enfurecido.) ¿Es qué dudáis acaso?

BAUT. No, señor Petruchio, no...

PETR. ¡Tengo la palabra de Catina! (Abrazándola brutalmente y empujándola a viva fuerza hacia a una de las puertas de la derecha.) Retírate ya, mi bien, mi vida, mi blanda tortolilla! ¡Marcha a tu tocador a vestirte en traje de novia! ¡Adiós! ¡adiós! (Sale Catina empujada por Petruchio quien queda en escena tirando en el aire besos ruidosos.) Abrazadme, mi amigo, mi señor, mi suegro! (Lo abraza exageradamente.) (A los demás.) ¡Qué Dios os guarde a todos, señores! (Hace una gran cortesía.)

GRU. Señores. (Haciendo otra reverencia mayor.)

PETR. (A Bautista.) Repito que no descuidéis la boda...

GRU. Ni la dote...

PETR. ¡En marcha! ¡Grumio! ¡Paso al amor triunfante! (Sale a grandes pasos, blandiendo enalto su espada, seguido de Grumio que le imita dando ruidosos cintarazos.)

ESCENA VII

Los mismos, menos Catalina, Petruchio y Grumio

GRE. En mi vida he visto un hombre como este.

HORT. Es fiero como un león hambriento. Es verdaderamente terrible...

GREM. Será el mejor marido para vuestra hija...

BAUT. Dentro de una hora ha dicho.

GREM. Pues aprovechemos la ocasión porque otra vez no volverá a presentarse. ¡Petruchio parece medio loco, lo confieso! ¡pero quién que no lo sea del todo podrá aceptar esa boda? Si queréis creerme, amigo mío, disponed la fiesta.

BAUT. No comprendo la razón de su estrafalaria prisa...

BLAN. A mí me parece que el amor, aunque le pinten con alas, no marcha tan al vuelo...

HORT. Perdonad...

LUC. (Quitándole la palabra a su colega.) Excusad... el amor vuela sobre la tierra.

BLAN. Vehementes parecéis y se me antoja que andáis enamorados.

LUC. De una mujer hermosa como un lirio...

HORT. De una diosa resplandeciente como una estrella...

GREM. Son vuestras lecciones y perdonad mi impertinencia, poéticas en demasía.

LUC. Son lecciones de estilo, señor.

HORT. Son fragmentos muy lindos para un duo.

GREM. (Este par de perillanes me dan mala espina...)

HORT. Este magister se me indigesta... (Por Lucencio.) Viene como yo a dar lecciones de amor...

BLAN. (Variando la conversación.) ¡Ah! Y a propósito, ¿estáis bien seguros de que mi hermana acepta a su pretendiente?

GREM. Yo no me lo explico...

BAUT. Tal vez nada más que por chasquearnos y llevarnos la contraria...

GREM. En el fondo, señor Bautista, podéis estar más que satisfecho de que todo marche adelante...

BAUT. Sí, Petruchio es un noble caballero, algo raro, es verdad, pero decidido y arrogante...

GREM. ¿Me permitiréis asistir a la ceremonia?

BAUT. Iba a rogároslo, y a suplicaros iuvitárais en mi nombre a nuestros amigos...

GREM. Pues salgo y regresaré cuanto antes...

BAUT. Id con Dios, querido Gremio...

GREM. Quedad con El, señor Bautista... (A Blanca.) Señorita, hasta luego; quisiera deciros mucho, pero me faltan las palabras.

BLAN. Idlas rumiando bien por el camino y ya me las diréis a la vuelta...

GREM. Adiós, pues... (A los demás.) Adiós, señores... (Sale).

BAUT. Ahora tú, hija mía, debes también prepararte.

BLAN. Ya sabéis que no gusto de muchos moños y aderezos...

LUC. Si permitís, señor, daremos lección.

BAUT. ¿En estas circunstancias?

HORT. ¿Por qué no, señor? El trabajo no excluye la alegría...

BLAN. Bueno... Pues un momento... ¿Verdad, padre? Estoy muy atrasada, sobre todo en la música...

LUC. ¡Y la literatura! ¡Oh! todavía no comprendéis bien, señorita, mis imágenes poéticas...

HORT. De sobras. Pero hay que aprender a cantarlas...

BAUT. No descuides las bellas letras, Blanca; son el mejor ornamento de una dama cortés y bien nacida...

BLAN. Tenéis razón...

BAUT. No te entretengas mucho... Yo voy a dejarlo todo listo... ¡Hasta después! (Todos saludan al salir Bautista).

ESCENA VIII

BLANCA, HORTENSIO y LUCENCIO

LUC. Perdón, señor tañedor
si os ofenden mis palabras,
mas son antes que la música
las lecciones literarias.

HORT. Perdón: mas, señor gramático,
no os puedo ceder la plaza:
las letras, son letra muerta;
el tono es lo que va al alma.

LUC. Es que doña Blanca quiere...

HORT. Es que quiere doña Blanca...

LUC. Que os vayáis enhorabuena.

HORT. Que os marchéis enhoramala.

BLAN. Retiráos, mi padre ya se acerca
y hay que cuidar de todos los festejos.
LUC. ¿Puedo esperar?
BLAN. Que no, os he dicho antes.
Nunca traduciría al gusto vuestro.
HORT. ¿Puedo esperar?
BLAN. Que sí y que no os he dicho.
HORT. Señora mía, espero y desespero.
BLA. ¡Mi padre!
LUC. Adiós, señora; vuelvo a Padua
a curarme del mal que me habéis hecho.
HORT. Yo no me curo de mis males.
¡Curadme vos o moriré con ellos!
(Sale Lucencio.)

Música

HORT. Mi método de música,
señora, es muy sencillo:
voy a empezar un cántico,
ponedle el estribillo,
y en un conjunto unánime
fundámonos los dos.
BLAN. ¿Cómo queréis que rápida
lograra a vuestro gusto
poneros la discípula
un estribillo justo
a la canción armónica
que le cantárais vos?
HORT. Existe en vuestro espíritu
una canción dormida,
con trozos de un diálogo
en lengua no sabida.
Cantádmela al oído,
cantádmela, por Dios.
BLAN. Pero sin base sólida,
no hay sólida columna.
Empiece el catedrático
y seguirá la alumna,
si le complace el método,
tal vez marchando en pos.

—

HORT. Ni puedo cantar, ni puedo callar.
Ni puedo vivir, ni puedo morir.
Ni puedo reir,
ni puedo llorar,
ni puedo temer,
ni puedo esperar.
Ni puedo saber
qué fin va a tener
mi dulce penar.

BLAN. Ni puedo cantar, ni puedo callar.
Ni puedo decir
ni puedo ocultar.
Ni puedo venir,
ni puedo escapar.
Ni puedo acceder,
ni puedo rehusar.
Ni puedo saber
qué fin va a tener
mi modo de hablar.

HORT. Yo soy aquel Hortensio
nacido junto al Arno,
ni noble ni plebeyo,
ni rico ni pobre,
ni sabio ni necio,
ni torpe ni listo,
ni malo ni bueno.

BLAN. Ni dudo, ni creo.

HORT. Amor me trae ahora,
amor que por vos siento,
me trae a vuestras plantas
vestido de maestro
a decir ansioso,
lo mucho que os quiero,
lo mucho que os amo,
lo mucho que vengo,
señora, a pediros
en este momento.

BLAN. Ni afirmo ni niego,
ni puedo saber
qué fin va a tener
mi modo de hablar.

HORT. Ni puedo saber
qué fin va a tener
mi dulce penar.

BLAN. Ni puedo acceder, ni puedo rehusar.
HORT. Ni puedo temer, ni puedo esperar.
BLAN. Ni puedo venir, ni puedo escapar.
HORT. Ni puedo reir, ni puedo llorar.
BLAN. Ni puedo decir, ni puedo ocultar.
HORT. Ni puedo vivir, ni puedo morir.
LOS DOS. (Cogiéndose las manos.)
Ni puedo callar, ni puedo cantar.

Hablado

BAUT. ¿Habéis terminado, señor maestro?
HORT. Sí; y con vuestra venia, me retiro. (Sale.)

ESCENA IX

BLANCA y BAUTISTA y en seguida GREMIO

BLAN. (Al ver a su padre.) ¿Y Catalina?
BAUT. No ha querido componerse. Todo lo demás está dispuesto...
BLAN. ¿Y ella qué dice?
BAUT. Sólo la he hablado un instante. Dice que quiere saber cómo acabará esa farsa.
BLAN. ¿Farsa?
BAUT. Farsa, sí. Dice que nosotros nos opondremos a que se case con un demente; pero que ella lo hará, apesar de todo, para salir de esta casa...
BLAN. Aquí llega el señor Gremio...
GREM. Grandes novedades... (Sudoroso y fatigado.)
BAUT. ¿Qué hay?
GREM. Llega Petruchio.
BAUT. Naturalmente...
GREM. Pero no sospecháis como llega... Llega Petruchio calando sombrero viejo con plu-

mas de todos colores y vistiendo jubón siete veces remendado. Un par de botas que fueron cajas de velas, ciñe espada mohosa, sin vaina, pues tan grande es, que no cabría en ninguna, y con los colgantes rotos. Monta, sobre silla vieja, varias veces reventada, un jaco atacado de muermo, apuntado de espundias, atormentado de lamparones y lleno de esparavanes de garbanzuelo. Su criado va con él, con media de hilo en una pierna y polaina de lana en la otra y cualquier cosa parecen antes que caballeros cristianos.

BAUT. ¡Qué disparate! ¡Santo Dios!

GREM. Van seguidos de un enjambre de pícaros, ociosos y muchachos que les burlan y vitorean...

BAUT. ¡Santo Dios! ¿Qué va a decir Catalina?

GREM. (Ruido de voces y alboroto). ¡Oid, oid, la algazara. ¡Ya llegan!

BLAN. ¡Y por allí viene mi hermana!

BAUT. ¡Santo Dios!

ESCENA X

Los mismos CATALINA y luego PETRUCHIO, GRUMIO, HORTENSIO y coro general.

CAT. ¿Qué es esta algarabía?

BLAN. Es tu novio que llega...

CAT. ¿Y llega con este alboroto? ¿Mi novio? ¡Mi novio! ¡El loco furioso con el que vosotros me queréis desposar!

BAUT. Pero si hace un momento, Catalina, me acabas de decir...

CAT. ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Porque quiero irme de esta casa... estoy cansada de callar, de obedecer, de sufrir el mal carácter de todos... ¿En dónde está este salvaje? ¿En qué se entretiene este mozo? (Empiezan a entrar muchachos, desarrapados y chusma de todas clases hasta la aparición de Petruchio).

Música

CORO ¡Qué viva Petruchio!
¡qué viva su traje!
¡vaya un personaje!
¡vaya un figurón!
¡Qué viva Petruchio!
¡qué viva su paje!
¡de un mismo linaje
uno y otro son!

PETR. ¡Salud, señor suegro!
¡salud, mi Catina!
ya véis que he cumplido
viniendo a la cita.
¿Mas qué es lo que pasa
que todos me miran?
¿Quizás soy cometa
ú otra maravilla?
Si un poco he tardado
la cosa se explica,
mis galas son galas
que no se improvisan.

GRU. Lo ha dicho señores
la cosa se explica...
¡Que viva Petruchio
que viva!

CORO Que viva Petruchio, etc.

BAUT. ¿Es chanza inocente
o es burla maligna
en día tan santo
venir de esta guisa?
Trocad en mi alcoba
las prendas indignas,
por otras que os preste
más propias del día,
y luego ya iremos
a nuestra capilla,
que en cosas tan graves
no cuadra la risa.

PETR. Señor, ¿por ventura
casáis a Catina

conmigo o con esto
que yo llevo encima?
Al pie de la cama
las ropas se tiran,
cambiarlas es fácil
de pobres en ricas.
¡Ojalá pudiérais,
mi señor Bautista,
como yo el vestido
cambiar vos la hija!
Petruchio es Petruchio
vista como vista.
¡Vamos a la fiesta
de las bodas mías!

GRU. Petruchio es Petruchio
vista como vista.
¡Que viva Petruchio
que viva!

CORO Que viva Petruchio, etc.

CAT. (Saliendo de detrás de los convidados donde se ocultó avergonzada.)
¡Títere grotesco,
máscara ridícula.
bamboche de feria,
pelele de viña!

PETR. (Interrumpiéndola con grandes abrazos.)
Eso es lo que dicen,
eso es lo que gritan
mas tú con abrazos
tu amor significas...

CAT. Nunca he de casarme,
la boda es mentira.
(Medio ahogada.)

PETR. ¡Bravo, bravo, abrázame!
¿Oís? Catalina
nunca ha de casarse
si el novio se quita,
el galán ornato
que tiros envidian.
¡Abrázame, esposa,
yo haré lo que pidas!
¡Vamos a la fiesta

triunfe la alegría,
triunfe la hermosura
y tu amor, Catina!

(Tira de la espada.)

¡Ay de! que se oponga!
¡Ay del que resista
al amor triunfante
que a los dos nos guía!

(Abrazándola y besándola la saca de escena casi arrastrándola.)

GRU. (Desenvainando también la espada.)
¡Ay del que se oponga,
ay del que resista!
¡Que viva Petruchio
que viva!

CORO Que viva Petruchio, etc.

(Desfile general. Quedan algunas personas agrupadas junto a la puerta de la capilla como si viesen la ceremonia de la boda que se celebra. Orquesta.)

ESCENA XI

(Hablado)

GREMIO y convidados que salen de la capilla

CONV. 1.º ¡Por fin salimos!

GREM. Ni de la escuela, cuando chico, salía con tantas ganas.

CONV. 2.º De todos modos la cosa está hecha.

CONV. 1.º ¿Pero a qué ha metido el novio aquel escándalo?

GREM. ¿Novio decís? Es un demonio, es el demonio mismo.

CONV. 2.º Tal para cual...

GREM. Al preguntarle el cura si tomaba a Catalina por esposa, «¡si voto a Dios!» ha dicho, «¿pues a que vinimos aquí sino a eso?» y tan recio ha jurado que al pobre capellán se le da caído el libro por el suelo, sin que

en medio del susto, acertara a encontrarlo y recogerlo pronto...

CONV. 1.º Y Petruchio ¿qué ha hecho?

GREM. Darle tal empujón, que ha rodado sobre las losas hecho un ovillo con su sotana.

CONV. 1.º Pero la novia ¿qué decía entre tanto?

GREM. Temblaba y apretaba los puños. Pero él, siguió jurando y pateando, hasta acabarse la ceremonia. Entonces, ¿lo habéis visto? se ha hecho traer por su criado una copa llena hasta los bordes y ha apurado todo el vino de un tirón como si estuviera entre marineros, festejando el fin de una borrasca...

CONV. 2.º ¡Qué vergüenza!

GREM. ¿Y después? Ha tirado la copa a las narices del sacristán.

CONV 1.º ¿Por qué?

GREM Porque se le antojó así, diciendo que aquel chupacirios tenía las barbas de hambre y las quijadas tristes. En fin, ha dado a Catalina un beso tan estrepitoso que ha hecho temblar la bóveda de la iglesia: y desenvainando aquel acero de gigante que lleva a la cintura, propio para el mismo Goliat, ha gritado a voz en cuello: ¡Viva el amor!

CONV. 1.º Eso sí, que lo he oído.

CONV. 2.º Yo he visto que su criado respondía: ¡viva! y echaba también su espada al aire...

GREM. ¡Es increíble!

CONV. 1.º Mirad... aquí vienen todos...

CONV. 2.º Silencio pues...

GREM. Veremos como acaba la jornada.

ESCENA XII

Los mismos, PETRUCHIO, CATALINA, BLANCA, HORTENSIO, GRUMIO y BAUTISTA, y Coro general

(Delante va Grumio agitando el sombrero y gritando, luego Petruchio, llevando del brazo a Catalina, y en fin, todos los demás.)

Música

GRU. ¡Viva esta boda peregrina
nunca se ha visto cosa mejor!
¡Vivan Patruchio y Catalina
y viva el triunfo de mi señor!

CORO. ¡Vivan Petruchio y Catalina
y viva el paje de tal señor!
¡vivan los novios! ¡viva el amor!

PETR. (A Bautista.) Permitidme que os abrace,
señor Bautista, mi suegro,
y os dé las gracias cumplidas
por el don que me habéis hecho.
(A Blanca.)
En cuanto a vos, Blanca hermana,
tomad de la vuestra ejemplo,
sed tan dócil como ella
y tendréis como ella el premio.
Ella es dulce y cariñosa
por eso yo soy su siervo,
su voluntad es la mía,
sus deseos mis deseos.
(A los demás.)
Señores, quedad con Dios,
a todos os agradezco
la gran merced que me hacéis
con venir a este festejo.

BLAN. Pero ¿qué miro? ¿os marcháis?

BAUT. Es imposible teniendo
que asistir ahora al banquete
y a la danza de honor luego.

PETR. Acceder a vuestra súplica
por mi desgracia no puedo...

CAT. Quedémonos si me amáis...
¡Tened paciencia... os lo ruego!...

PETR. Lo ruego... paciencia... ¡bravo!
(Tirándole besos.)
Toma un beso y otro beso
y vámonos en seguida
puesto que es este tu anhelo

CAT. ¡No me iré!

PETR. Vengan caballos.
CAT. No subiré.
PETR. (A Grumio que sale.) ¡Ensilla presto!
Hágase lo que ella manda
aunque se hunda el firmamento.
CORO Que no marchéis, señor, os suplicamos,
a festejar venid al casamiento
lo primero que pide vuestra esposa
debe ser para todos lo primero.
BLAN. ¡Oh, hermano mío! Hacedlo por nosotros.
BAUT. Hacedlo por nosotros, ¡oh, mi yerno,
HORT. No cederá Petruchio en este trance
y hará bien a mi juicio no cediendo.
CORO ¡Ay qué noche de boda se prepara!
no sé cuál de los dos será más terco
las caricias serán como arañazos
y como campo de batalla el lecho.
GRU. (Apareciendo.)
Los caballos, señor, están a punto.
PETR. (Saludando a todos.)
Pues todos lo pedís, nos marcharemos.
CORO Váyanse novio y novia enhoramala
a llamar a las puertas del infierno.
PETR. ¿Qué es esto? ¡Basta ya!
¡El solo con su amada
Petruchio vencerá!
¡Grumio! Saca la espada,
GRU. ¡Vedla desenvainada!
PETR. ¡Guarda la retirada!
GRU. ¡Señor, guardada está!
CORO. ¡Dejad a esta pareja enamorada
dejadla si se va,
así la mascarada
por fin acabará
y quedará tranquila esta morada,
tranquila quedará!
PETR. Pues vamos adelante,
Petruchio, ya os perdona,
paso al amor triunfante
y al brazo que lo abona.
GRU. ¡Adelante, señor!

PETR. ¡Yo tengo preparado,
yo tengo allá en Verona,
de seda y oro y mármoles
un nido a nuestro amor!

(Sale espada en mano llevándose a Catalina, seguidos por Grumio que imita los gestos grotescos de su amo.)

TELÓN.

FIN DEL ACTO PRIMEDO

ACTO SEGUNDO

La escena en el comedor del castillo de Petruchio, arreglado a gusto del escenógrafo. Ha de haber, por lo menos, dos puertas, las cuales, directa o indirectamente, se supone que comunican con el exterior y con la cocina, y además, una escalera que da a la alcoba de los dueños. En el centro del escenario puede estar la mesa y a un lado una gran chimenea apagada. Es una noche tormentosa y fría. Todo esta cerrado. Al levantarse el telón suenan desde fuera recios aldabonazos y aparecen los criados por todas partes, sorprendidos y confusos.

Preludio

ESCENA PRIMERA

Criados, JUAN, JORGE, FELIPE y NICOLÁS; luego GRUMIO

JUAN ¡Eh! ¿Quién va?
JOR. ¿Quién debe ser?
FELIP. Vaya un modo fino de llamar.
NIC. ¡Y con esta noche!... ¡Si está lloviendo a cántaros... y las palabras se hielan en la boca!
FELIP. Como no sean demonios...
NIC. Brujas serán...
GRU. (Desde fuera.) ¡Voto a Satanás!
JUAN Es Grumio.
JOR. (A voces.) ¿Quién es?
GRU. Un pedazo de hielo.
NIC. Sí, sí. Es Grumio.
JUAN ¡Vamos a abrirle!

(Empieza la música. Entra Grumio vestido de mamarracho, como al final del acto anterior, mojado, sucísimo, tiritando y soplándose los dedos.)

Música

GRU. ¡Reniego del amo,
y del casamiento,
y de la novia, y de los caballos!
JOR. ¡Bienvenido, amigo Grumio!
FELIP. ¡Dichosos los que te vemos!
JUAN ¿Y ese es el traje de bodas?
NIC. ¿Tan galán fuiste al festejo?
JUAN ¿Se han casado ya?
NIC. ¿Ya vienen?
JUAN. ¡Cuéntanos, compadre, cuéntanos!...
GRU. (Tiritando cómicamente y haciendo aspavientos.) Encended antes el fuego
(Juan y Nicolás encienden la chimenea.)
o preparad mi mortaja,
porque ya me estoy temiendo
que habré de ir a deshelarme
con las llamas del infierno.
JUAN. Abre, por fin, esa boca.
GRU. Si se me han helado, creo,
los labios contra los dientes,
y contra el craneo los sesos.
Pero, en fin, voy a contarlo...
(Se sienta junto al fuego.)
No habrá nunca un caso par
ni una fiesta como esta
que acabo de presenciar:
lo mismos fué al empezar
que al terminar la fiesta.

—

Empezó regocijada
(Algún criado sigue encendiendo el fuego.)
y terminó a cintarazos...
la gente quedó asustada,
yo guardé la retirada,
y él sacó la novia en brazos.

Su caballo resbaló
en un pantano de lodo,
a asistirles bajé yo
y no sé lo que pasó
pero lo perdimos todo.
Huyeron por culpa mía
los potros... perdió el sentido
la novia... yo maldecía...
y el novio en tanto reía
de aquel caso divertido.
¡Bravo lance por mi fe!
¡y brava noche de boda!
luego yo, me vine a pie
con este traje a la moda
a preparar no sé que!

CRIADOS ¡Bravo lance por mi fe!
divertido el paso fué
ni igual jamás escuché.

Hablado

GRU. ¡Deprisa, haraganes! O van a caer más palos que gotas caen de lluvia, si el amo no lo encuentra todo a punto. Yo por mi parte no sé si vengo más mojado que apaleado. (Los criados empiezan a preparar la cena y a disponerlo todo para la venida de sus señores. Entran y salen poniendo la mesa y de paso preguntan a Grumio que continúa sentado junto al fuego.)

JOR. ¿Y el ama es bonita?

GRU ¡Ya lo creo!

JUAN Dicen que es tan bonita como fiera, ¿verdad?

GRU. Lo era antes de esta noche.

FELIP. ¿Se ha amansado un poco con tantos lances y percances?

GRU. Un tiempo así, compadres, amansa al hombre, a la mujer y al bruto. Por eso ha amansado a mi ama y me ha amansado a mí. (Todos ríen.)

FELIP. Eres un necio de tres pulgadas...

GRU. ¿Pero qué hacéis allí entretenidos? ¡Voto a la calva de Caifás! ¿Por ventura está la cena dispuesta, la casa limpia, extendidas las alfombras, quitadas las telarañas y cada dependiente en su sitio vistiendo su traje más nuevo?

FELIP. ¡Ya va! ¡Ya va! (Continúan sus quehaceres.)

JOR. En un momento estamos listos.

GRU. (Avanzando y gritando.) ¡A ver, a ver! ¿Dónde está el cocinero? ¿Donde están las mozas? ¡Prepárense todos! ¡Que toda la gente de servicio vista flamante fustán y medias blancas!... ¡Alísense el cabello, cepillense sus libreas azules y átense modestas ligas! El señor Petruchio va a llegar con su dulce esposa! ¡Que todos le saluden y hagan el besamanos, doblando graciosamente la pierna izquierda!

ESCENA II

Los dichos, PETRUCHIO y CATALINA

PETR. (Desde afuera). ¡Haraganes!... ¡Granujas!... ¡Canallas!

GRU. Ahí están.

TODOS ¡Ah! (Asustados.)

PETR. (Desde fuera). ¿Creéis que el dueño no podrá entrar en su casa? (Se oye un gran estrépito.) ¡Paso a Petruchio! (Todos corren en tropel hacia la puerta por la que, en el mismo instante aparece Petruchio grotesco, sucio y desarrapado pero con gesto ridículamente heroico. Lleva casi a rastras a Catalina, llena también de barro y medio desmayada.)

CRIADOS ¡Señor!

PETR. Voy a hacer un escarmiento sin igual. (Desenvaina la enorme espada. Exclamación de terror de Catalina).

CAT. ¡Ay!

PETR. No te asustes, mi dulce Catina, no te asustes. Ya sé yo cómo hay que tratar a esos

bergantes. ¿Cómo es eso, gentecilla ruin, cómo no habéis salido a la escalinata con vuestros casacones galoneados a recibir a la reina de mi casa y de mi corazón? ¿Dónde están los tapices y banderolas? ¿Dónde las luminarias? ¿Dónde el festín que nos habéis preparado?

GRU. Todo estaba en desorden, señor. Las medias de Nicolás se habían de zurcir. Felipe por falta de pez no pudo tiznar su sombrero, y no tenía lista Juan, la vaina de su daga. Los demás no se han atrevido a sentarse, pues más parecen mendigos harapientos, que criados dignos de un caballero cristiano.

PETR. ¡Está bien, Grumio! Ahora mismo voy a hacer justicia, justicia tal que la recuerden los hijos de mis hijos! (Enarbola el espadón. Todos huyen despavoridos. Catalina vuelve a gritar.)

CAT. ¡Ay!

PETR (Dejando caer con estrépito la espada sobre algún mueble y volviéndose luego a su esposa con afectada dulzura) ¿Qué tienes, amor mío? ¿qué pides, qué mandas? No te avergüences de disponer de todo. Estás en tu palacio: en el castillo de mis antepasados... ¡Alégrate, Catalina... alégrate!

CAT. (Colérica pero a media voz). ¡Déjalos en paz! ¡déjame en paz!

PETR. ¿Quién se atreve a turbar la paz de la que es mi esposa? ¡Rayo de Dios! ¡que correrá sangre! Venid, venid aquí, bribones desalmados, necios sin respeto, ponéos de rodillas delante de vuestra señora y besadle la mano uno por uno en señal de acatamiento y servidumbre. (Todos lo van haciendo.) ¿Los ves? ¿los ves, hermosa mía? ¿ves como siempre se hace aquí tu voluntad?

CAT. (Desesperada.) Sí .. sí... que se vayan... estoy muerta... ¡dejadme en paz!

PETR. (Levantando de nuevo la espada y dispersándolos a todos con mucho aparato y ruido.) ¡Rayo de Dios!

¡Que os vayáis os mando! ¡Fuera, ralea miserable, fuera! ¡Rayo de Dios!

CAT. ¡Ay! (Se deja caer sobre una silla que hay cerca de la chimenea.)

PETR. (Envainando la espada y yendo hacia Catalina, con ademanes mimosos.) ¿Lo ves? Siempre tu voluntad... ¡Alégrate, Catina, alégrate! (Ella permanece acurrucada con la cabeza entre las manos. Petruchio empieza a pasearse arriba y abajo cantando de mala manera).

Hay en mi pueblo un frailecito,
que es de la regla de San Benito...

(Petrucho se sienta por fin junto a la mesa, con aire satisfecho no muy lejos de su esposa. Entre tanto los criados van y vienen temblando y traen lo necesario para la cena.) ¿Verdad, paloma mía, que es hermoso después de tanto sufrir, encontrarnos juntos en el nido de nuestro amor? Todo aquí son mimos y ternezas, y palabras dulces... (A Juan que acaba de poner una copa encima de la mesa.) ¿Esta copa le pones a tu señora? (Le tira la copa.) ¿No ves que está sucia, cochino? ¡Es indigna de ella!

JUAN. (¡Ojalá hubiese sido indigna de mis costillas!) (Se va poniéndose la mano al sitio dolorido.)

PETR. (Continuando con voz melosa.) Pues como te decía, mi linda enamorada, todo se reune ahora para nuestra inalterable felicidad... (Dando un grito.) ¡Grumio! ¡Sácame las botas!

GRU. (Corriendo.) ¡Señor!...

PETR. ¡Sácame las botas! (Grumio se arrodilla y empieza a hacerlo. Petruchio entre tanto vuelve a su canción.)

Hay en mi pueblo un frailecito,
que es de la regla de San Benito.

(A Grumio.) ¡Cuidado que me estás tronchando el pie!

GRU. Es que con el agua...

PETR. ¡Toma, bribón y aprende a quitarme la otra bota! Le da un puntapié que lo hace rodar por el suelo, queda Petruchio durante todo este acto con una sola bota puesta.)

Hay en mi pueblo un frailecito
que es de la regla de san Benito.

CAT. Agua... quiero agua... (Levantando un poco la cabeza.)

PETR. ¡Agua!... ¡agua!... (Poniéndose en pie y dando grandes voces. Los criados entran atropelladamente.)

GRU. ¿Se quema algo, señor?

PETR. ¡Agua!

GRU. ¿Para beber o para lavarse, señor?

PETR. ¡No repliques, mostrenco! (Hace ademán de tirar de la espada. Todos huyen. El los persigue cojeando por falta de su bota.) ¡Agua!... ¡agua!... (Vuelve a sentarse.) Te servirán mal que les pese, esos títeres, o no dejaré ni uno con cabeza! (Entra Grumio con una gran jofaina y una toalla al brazo. Hace una reverencia burlesca delante de Catalina.)

CAT. ¿Aquí he de beber?

PETR. ¿Aquí ha de beber la soberana de mi alma? ¡Toma, desvergonzado, y sabrás desde hoy como debes tratar a tu señora! (Le da un bofeton haciendo caer el agua por encima de Catalina.) ¡Vete! ¡Huye de mi presencia! (Le tira la palangana.) ¡Qué nadie vuelva a presentarse hasta que yo lo llame! (Quedan los dos solos.) ¿Los ves, lo ves?... ¡Siempre se hace tu voluntad! ¡Alégrate, Catina, alégrate!

CAT. ¡Ay!

PETR. ¿Qué tienes hermosa? Verdad que eres feliz?... En el matrimonio la dicha no es cosa tan difícil como parece. Basta que uno de los dos sacrifique para siempre sus deseos y caprichos, resignándose a obedecer a su compañero y siguiendo en todo sus más pequeñas indicaciones. Nosotros somos, bien se ve, de genio manso y apacible. Pe-

ro figúrate que fuésemos todo lo contrario, dos almañas del bosque, dos jabalíes, dos gatos salvajes. Y esto, vida mía, es una nueva suposición. Ahora mandas tú y gobiernas a tu antojo. Pero imagínate que yo me empeñara en que las cosas se hiciesen según mi albedrío. Y esto, alma mía, tampoco es más que otra suposición. Pues bien, yo pienso y creo, que aun así, podríamos gozar de verdadera felicidad. Domando tú un poco lo áspero, de tu supuesto carácter, lograrías, a fuerza de sumisión, docilidad y obediencia, templar los arrebatos del mío, te harías querer y por afecto conquistarías de mí, lo que las palabras injuriosas y los modales agrios no te hubieran proporcionado nunca. Viviríamos en paz con la alegría de cumplir nuestras obligaciones y el consuelo de ver reproducidos algún día en nuestros hijos, estos buenos propósitos y estos amigables sentimientos. Todo esto no son sino suposiciones en el aire con que yo te distraigo, en tanto que no quieres sentarte a la mesa. ¿No es verdad, Catina, que piensas lo mismo que yo?

CAT. (Con ira.) No...

PETR. Ya me figuraba que seríamos del mismo parecer.

CAT. Tengo hambre, me muero de debilidad.

PETR. También me lo figuraba. Vamos a cenar en seguida, Catina mía... Pero quiero antes que te den la bienvenida mis juglares recitando sus trovas que habrán compuesto en tu honor... ¡A ver!... ¡mis trovadores!... Llegad a festejar a la soberana de este castillo en su noche de bodas.

(Aparecen los juglares y trovadores.)

Cantad mis juglares,
cantad trovadores,
a mi dulce esposa
las trovas mejores.

Música

JUG 1.º De este palacio encantado
sois la reina y la señora,
que el cielo esposo os ha dado,
vuestro esposo desde ahora.
En vuestro honor los juglares
de estos castillos roqueros,
serventesios singulares
han de componer al veros.

CORO. Que sois hermosa,
que sois divina,
y se adivina
vuestra bondad,
y al mirar vuestra
triste sonrisa,
que sois sumisa
todos dirán.

JUG. 2.º Castellana del castillo,
hallastéis perfecto esposo,
manso como falderillo,
apocado y cariñoso.
Siempre a vuestros pies, señora,
más amante cada día,
os dirá cuanto os adora
con la mayor cortesía.
Porque es Petruchio
galán rendido
que no ha sabido
nunca mandar.
Su voz es dulce,
suave su diestra
y es sólo vuestra
su voluntad.

CORO. Serán al par vuestras vidas
rosario de bienandanzas
y veréis pronto cumplidas
todas vuestras esperanzas,
que entre el esposo sumiso
y la esposa complaciente
ni en el propio paraíso

se estará tan ricamente.
Pues, sois hermosa,
pues, sois divivina
y se adivina
vuestra bondad;
y es vuestro esposo
galán rendido
que no ha sabido
nunca mandar.

(Hablado)

PETR. ¿Estás triste, mi Catina? ¿No te han satisfecho mis trovadores?... ¡Marcháos en seguida! ¡Mi Cati no quiere músicas! (Salen los trovadores y juglares.)

CAT. ¡Tengo hambre!

PETR. Perfectamente... Es natural... Pero, pues todo está dispuesto a medida de tu gusto, da el brazo a tu esposo y vamos los dos a compartir la cena. (La toma por el brazo y la hace sentar junto a la mesa. Mientras ella mira con ojos famélicos una fuente de comida que hay en el centro, Petruchio continúa cariñosamente.) Sí; sentémonos muy juntos. ¿Ves? No falta nada...

CAT. A ver... (Alargando la mano a la fuente.)

PETR. (Vivamente.) ¡No! Antes es preciso que cumplas con una costumbre tradicional en mi familia. Ya desde los tiempos de mi tatarabuelo, nobilísimo señor, en cuyo escudo...

CAT. (Interrumpiéndolo.) ¡Dejadme comer, Petruchio!

PETR. ¡Ah!... Es verdad... Me olvidaba de que tenías un poco de apetito. Dejemos, pues, para mas tarde la heráldica de mi ilustre familia. Te iba a decir solamente que no acostumbramos nunca a empezar la comida sin bendecir antes la mesa... ¿sabes? un momento... el tiempo de santiguarte... es una tradición piadosa. (Catalina se santigua.)

¡Por Dios!... ¡Así, no!... Debes arrodillarte (La saca de la mesa y la obliga a ponerse de rodillas, mientras ella no deja de mirar al plato.) ¿comprendes?... así... Vamos... despacito... En-el-nom bre-del Pa...dre... (Catalina calla. Hay un breve silencio. Luego grita Petruchio con gran alegría.) ¡Amén! ¡Y ahora, a cenar! (Catalina vuelve corriendo a la mesa.) ¿Quieres que yo mismo te sirva! Sí... yo trincharé... (Empieza a partir.) Me parece, Catina, que este asado huele mal... Se les debe haber quemado a esos torpes. Temo que se te indigeste...

CAT. Huele por el contrario muy bien.

PETR. (Encolerizado.) ¡Huele mal... horriblemente mal! ¡Lo juro por mis narices!

CAT. Es verdad... sí... no me había fijado, huele mal... pero sabrá bien...

PETR.. Guárdate por ahora de probarlo... Mi Catalina no debe tragarse cualquier guisote, como estudiante o lego de convento... ¡Eh! ¡Grumio!... quiero agasajarte como te mereces.

GOU. (Entrando.) ¿Qué manda el señor?

PETR. Que venga inmediatamente el cocinero.

CAT. ¿Podríamos comer?

PETR. Podríamos comer, ciertamente, pero no comeremos. No consentiré que a mi esposa se le sirva un plato mal aderezado...

COCI. (Entrando.) ¿Me llamaba el señor?

PETR. ¡Oiga, alquimista de salsas! ¿Podría vuesa merced decirme qué cosa sea esta que huele ahí encima?

COCI. Es carnero señor...

PETR. El tufo es de oveja.

COCI. Es carnero. Puedo jurar que es carnero asado, mechado según arte y bien espolvoreado con especias...

PETR. (Iracundo.) ¡Especias! ¿Especias has dicho? ¡Llenar de especias esos labios que yo he de besar! (Cogiendo el plato y tirándolo á la cabeza del cocinero.) ¡Toma tus especias diabólicas! ¡Pinche mandilón!... ¡Fríe mondongos!...

¡pela patatas! (El cocinero escapa asustado. Grumio recoge los pedazos de la fuente rota.) Sí, Catalina, sí... ¡¡¡quiero que estés bien servida... ¡Que se haga tu voluntad en esta casa!

CAT. ¡Ay!

PETR. ¡Alégrate, Catalina... alégrate!...

CAT. Comeré de este otro plato; tiene buena apariencia...

PETR. Las apariencias engañan...

CAT. ¿Pero me lo dejarás comer?

PETR. Come cuanto gustes, mujercita mía... Aquí sólo mandas tú... Lo que siento es que tal vez no sea manjar del todo bueno...

CAT. Sí... me parece que estará sabroso...

PETR Bueno estaría para cualquiera... Para mí, por ejemplo. Te confieso que, de verlo, la boca se me hace agua... Pero para la princesa de mis pensamientos, es poco, es indigno; no corresponde a su mérito y mi cariño...

CAT. Sin embargo, estará bueno...

PETR. Tú sí que eres buena. A todo te avienes, con todo te conformas, todo te satisface... ¿Temes, tal vez, que me enoje de nuevo con esos pícaros?... No los compadezcas... Están aquí para complacerte... para servirte... ¿Te parece que es esta la cena apropiada a nuestra noche de bodas? ¡De bien villana manera festejan esos perillanes la llegada de sus señores! ¡Hola, Grumio! (A gritos.) ¡Y tú, ven también, guisandero envenenador!... ¡Juan! ¡Jorge! ¡Felipe! ¡Nicolás! (Van llegando todos temblando de miedo.) ¡Venid, venid! Ya llegó la hora de rendir cuentas. Quiero que todo el mundo reconozca a mi Catalina como única soberana de este palacio. Quiero que todos se empleen y esmeren en su servicio. Quiero que se acate su voluntad, se cumplan sus órdenes y se adivinen sus pensamientos.

GRU. (Inclinándose.) Se hará siempre lo que mande la señora. (Todos hacen reverencia.)

PETR. Y, ahora, escuchad... ¿qué pisto es este?

COC. Es menestra, señor...

JUAN. Hay alcachofas.

JUR. Guisantes, habas...

NIC. Un poco de jamón...

FELIP. De todo...

COC. Cosa rica, señor y señora...

PETR. ¡Será rica para vosotros! ¡Hambrones! ¡mendigos! ¡tragacantos! Rica para vuestros paladares de esparto viejo y para vuestros estómagos, más escuálidos que bolsa de soldado. ¡Ni en las calderas del infierno se condimenta una bazofia parecida! ¡Tomad la tal menestra! ¡Abreviad con ella el calendario de vuestros ayunos! ¡Tomad! (Les tira la fuente por alto. Echa a rodar todo lo que hay sobre la mesa.) ¡Esta comida sólo es buena para vosotros! (Derriba la propia mesa con gran estruendo.) ¡A ver si con este festín desenredáis un poco el ovillo de vuestras tripas! (Todos retroceden asustados, y luego, hasta el fin de la escena, levantan silenciosamente la mesa y recogen lo que hay por el suelo, mientras Petruchio se dirige a su esposa.) ¿No ves cómo mi voz y mi brazo están siempre a punto para tu defensa? ¡Aquí no se hace sino tu voluntad! ¡Alégrate, Catina, alégrate!...

CAT. (Desfallecida.) Bueno... Dame un poco de pan...

PETR. ¿Qué dices? ¿Un mendrugo de pan por toda cena en la primera noche de nuestro matrimonio?

CAT. Me sentará bien...

PETR. No lo creas... El pan llena y posa en el estómago, pero no es un verdadero alimento. Además, es manjar húmedo y fomenta los malos humores...

CAT. ¿Pues qué vamos a hacer?

PET. De momento, daremos las gracias...

CAT. ¿Las gracias? ¿De qué?

PETR. Sí... Las gracias... Después de cenar se

reza un padrenuestro en acción de gracias... Es costumbre piadosa...

CAT. ¡Pero si no hemos cenado!

PETR. No le hace. Es costumbre piadosa. Data de mis antepasados, ¿sabes?... Y tú no querrás mancillar nuestra noble alcurnia. En el blasón de aquel gran tatarabuelo mío...

CAT. Sí, sí... Lo rezaré...

PETR. ¿Querrás arrodillarte? (Catalina se arrodilla y reza, en tanto que Petruchio se pasea cantando por la sale.)

Hay en mi pueblo un frailecito
que es de la regla de San Benito.

CAT. ¿Y tú? ¿No rezas?

PETR. Si no me hubieras interrumpido, sabrías que mi gran tatarabuelo no solía rezar. La tatarabuelita rezaba por él. Y ambos eran nobilísimos y murieron en olor de santidad. (Se acerca a ella y la levanta cogiéndola por un brazo.) Bueno. Ponte en pie y marchemos a nuestra alcoba... La soledad es el mejor cortejo del amor...

CAT. Pero... ¿en ayunas?

PETR. ¡Que le vamos a hacer! Por una noche... Tendremos el consuelo de ayunar juntos... (Llevándosela hacia la escalera.) Y en medio de todo, mi dócil Catina, una abstinencia moderada, es conveniente a los que somos de naturaleza demasiado sanguínea. (Se van.)

ESCENA III

GRUMIO, JUAN, JORGE, FELIPE y NICOLÁS

(Todos los criados acaban de arreglar la mesa, enmendando en lo posible los destrozos).

JUAN. Por fin se fueron...

JOR. Dios les dé una buena noche.

JUAN. Sí... y que duerman por lo menos medio mes, que bien lo necesitamos para curar nuestros cardenales.

GRU. No os quejéis por vicio, muchachos... ¿Qué diríais si estuvierais en mi pellejo... Tengo más vejigas y mataduras que jaco de comediante... Y todas las partes de mi cuerpo han entablado amistad con las botas de mi señor.

JUAN. ¡Qué genio! ¡Mal le ha sentado el casorio!

NIC. Se ha echado a perder...

JOR. Porque en el fondo era un hombre bueno...

FELIP. Nunca fué como una malva, pero ahora es como una ortiga. Antes con una mano te daba un bofetón y con la otra te daba un escudo; pero ahora te abofetea con las dos manos...

GRU. ¿Y el ama qué os parece?

JUAN. Una palomita sin hiel.

GRU. Pues la palomita es la madre del gavilán.

JUAN. ¿Qué quieres decir?

GRU. Que si el señor Petruchio no hiciera lo hace, lo haría ella... y mal por mal, vale más que pegue él... ¿Entendéis? Ya acabará la comedia. Entre tanto, id llevando el compás a esta música de pescozones...

JUAN. Y entre tanto esta casa será un infierno...

FELIP. Y el señor Petruchio el mismo demonio...

JOR. Y nosotros los condenados...

GRU. ¡Callad! ¿No oís ruido en la alcoba?

JUAN. Le debe tirar las almohadas por las narices...

NIC. No la dejará dormir, después de no haberla dejado comer.

JOR. Tras del sermón de templanza, sermón de continencia. (Se oye un gran alboroto. Gritos de Petruchio).

GRU. Sí, sí... ya volvió a empezar la gresca...

FELIP. ¡Dios nos valga!

GRU. Preparad vuestras costillas.

ESCENA IV

Dichos, PETRUCHIO y CATALINA

Música

(Huyen todos a un rincón de la escena mientras en lo alto de la escalera aparece Petruchio y con la capa al hombro y seguido de Catalina).

PETR. Sirvientes groseros,
chusma desleal.
GRU. ¡Señor!
TODOS ¡Señor!
PETR. ¿Quiénes
han ido a arreglar
de indigna manera
mi lecho nupcial?
GRU. ¡Señor!
TODOS ¡Señor!
GRU. Todos
lo han hecho a la par.
PETR. Con vuestros iguales
las burlas usad
u os juro que a todos
os he de colgar
de una horca más alta
que la horca de Amán.
CAT. Pues yo no he encontrado
la cama tan mal
y en ella aun espero
poder descansar.
PETR. Te engaña, Catina,
tu mucha bondad.
CAT. Sí, sí, dormiré.
PETR No, no dormirás.
¡Tomad esas sábanas
(Mostrándolas.)
muy buenas quizás
para una historia
de gente de mar.

¡Tomadlas vosotros
y en ellas roncad!
¡Piara indecente!
tomadlas, ahí van

(Arrojándoselas).

TODOS ¡Ah!

PETR. ¿Y esas almohadas?

(Mostrándolas también.)

¿Son, por Satanás,
alforjas de fraile
o sacos de pan?
Jamás mi Catina
sobre ellas pondrá
su linda cabeza
¡tomadlas, ahí van!

(Arrojándolas).

TODOS ¡Ah!

PETR. Pues ¿y los colchones?
ella los tendrá
de plumas de cola
de pavo real.
Pero estos petates
de tela vulgar
a medios zurcidos
¡tomadlos, ahí van!

(Arroja los dos colchones).

TODOS ¡Ah! ¡El amo está loco
y loco de atar!

PETR. ¡Callad deslenguados,
bribones, callad,
callad o por todos
mi espada hablará!

(Arremete contra ellos amenazándoles con el espadín).

TODOS ¡Ah! ¡El amo está loco
y loco de atar!

(Los criados incluso Grumio salen corriendo de la escena perseguidos por Petruchio. Detrás de él Catalina implora perdon).

PETR. Quisiera ofrecerte
un lecho riquísimo,

colchones de rosas
y almohadas de lirios.

CAT. Gracias, señor, gracias
tan sólo os suplico,
que me dejéis quieta
y quedéis tranquilo,
pues caigo de sueño
y muero de frío.

PETR. (Cariñoso.) Siéntate y no temas
por este principio,
luego irán las cosas
con rumbos distintos.
Quizás mi capote

(Se lo quita.)

un poco ridículo,
Cati... Catalina,
te sirva de alivio.

(La envuelve en su capa arropándola cariñosamente.)

Pero estás helada...
¡oh dulce bien mío!...

(Acercando la silla de Catalina a la chimenea.)

CAT. ¡Es verdad!... ¡qué bueno
sois para conmigo!

(Dobla la cabeza.)

PETR. Descansa, descansa,
yo soy tu marido
y acabando a besos,
lo que empecé a gritos,
a prólogo malo
pondré buen epílogo.
Tu dócil carácter,
mi genio benigno,
tu cara divina,
mi sólido juicio...
¡Qué herencia más bella
para nuestros hijos!

(Se da cuenta de que Catalina duerme Aquí termina el canto, pero sigue la música hasta el final en forma de melopea.)

Hablado

PETR. ¡Se ha quedado dormida! ¡Brava cosa Petruchio hiciste! ¡Próspera jornada! Cortejáste, pedíste, hubiste esposa, robástela, domástela... ¡Y qué hermosa está la fierecilla ya domada! Apreté, vive Dios, un poco fuerte, pero al fin he logrado que se rinda... (Arropándola muy solícito y cariñoso.) Y ahora, abrigarla bien... no se despierta, ¡qué es como pocas delicada y linda! En fin, que cada loco con su tema, cada fraile con su hábito. No puedo negar yo que sea brusco mi sistema, pero pues nací brusco, brusco quedo. ¡Cómo duerme! Su sueño me consiente besarla y a besarla me provoca... ¡Toma un beso... a hurtadillas... y en la frente! (La besa.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardines de la casa de Petruchio. Los están adornando con luces y guirnaldas muchas mujeres y muchos hombres, que forman el coro general. Unos estarán subidos en escaleras, otros van y vienen con ramilletes de flores y algunos en el fondo, disponen mesas y sillas para un convite. Todos libremente distribuídos sin formar grupo. Grumio ejerce de maestro de ceremonias o director de la fiesta.

ESCENA PRIMERA

GRUMIO y el coro general.

Música

CORO ¡Dáos priesa! ¡Dáos priesa!
¡que vienen los amos!
¡Las flores cojamos
por todo el jardín!
¡Las flores pongamos
en múltiples ramos
en torno a la mesa
de nuestro festín!
Ella es una fiera
él es el que grita:
ella es tan bonita
como él es gruñón.

GRU. Que esos habladores
de asuntos ajenos
se entrometan menos
y trabajen más.

Y que esas chismosas
miren que las cosas
salgan primorosas,
salgan a compás

CORO No te enfades, Grumio,
y cuenta algún cuento
del amo y del ama
que sea de humor.
Cuenta lo que viste
de aquel casamiento
que dice la fama
no habrá otro mejor.
Dinos, Grumio, dinos,
casos peregrinos
mientras que la fiesta
no empiece por fin.
Dispuesto está todo,
dispuestos los vinos,
a punto la orquesta
y a punto el festín.

GRU. ¡Mujeres chismosas!
¡chismosos varones!
Si todo está listo
y en orden las cosas
¿a qué esas razones?
¡Idos al infierno!
que ya os llamaré.

CORO No está poco tierno,
señor potentado;
¿qué mosca ha picado
a vuesa merced?

(Salen entre risas y burlas. Grumio les persigue.)

Hablado

ESCENA II

GRUMIO y CATALINA.

CAT. (Entrando y hablando en voz baja.) Grumio... amigo Grumio.

GRU. ¡Señora!...

CAT. ¿Quieres hacerme un favor?

GRU. Y mil que mande la señora.

CAT. Estoy muerta de hambre... Quiero que tengas compasión de mí y me traigas algo que comer.

GRU. ¿Tampoco esta mañana habéis comido a gusto? En ocho días que lleváis de matrimonio habéis ayunado más que un penitente en el desierto. ¡Por lo menos, hoy, que celebramos el santo del señor Petruchio, vuestro noble esposo, estoy más que dispuesto a traeros todo lo que me pidáis!

CAT. ¡Es horrible lo que este hombre hace conmigo! Dice que me quiere, y me somete a toda linaje de abstinencias. Yo que nunca he suplicado, ni con las más humillantes súplicas puedo conseguir ahora un pedazo de pan. ¡Cómo recuerdo la casa de mi padre!...

GRU. Lo que hace el señor mi amo, lo hace por vuestro bien. Dice que la mucha comida es perniciosa para el cuerpo y para el alma...

CAT. ¿Y tú crees eso, mi buen Grumio?

GRU. No, señora. Tripa llena alaba a Dios...

CAT. Pues, tráeme por caridad alguna cosa... Yo sabré recompensarte.

GRU. Al instante, señora mía... (Hace ademán de salir, pero al llegar a la puerta retrocede.)

CAT. Date prisa, Grumio...

GRU. Estaba pensando que os serviría. ¿Os gustará una pata de ternera?

CAT. Es mi manjar preferido...

GRU. Pero la carne de ternera tiene poco jugo. Es plato muy ardiente... ¿Y un menudo bien guisado?

CAT. Me muero por él. Pero venga cuanto antes...

GRU. Sólo temo que sea demasiade bilioso... ¿Preferiría tal vez, un pedazo de carne con salsa de pimentón?

CAT. Sí... sí; corre. Me gusta con delirio...
GRU. El pimentón enciende la sangre...
CAT. Bueno, pues, trae la carne sin la salsa...
GRU. Eso si que no puede ser...
CAT. ¡Acaba de una vez! ¡Trae ambas cosas o una o lo que quieras!
GRU. Os traeré señora, la salsa sin la carne...
CAT. ¿Te estás burlando de mí?... ¡farsante! ¡canalla! ¡Vete de aquí, trubán! ¡Vete!
GRU. Pues lo mandáis así, me retiro...
CAT. ¿Has querido alimentarme con palabras? ¡Ya verá el desienguado!... ¡Toma!... (Le arroja una silla.)
GRU. ¡Señora! (Sale Grumio corriendo y queda sola en Catalina escena.)

Música

ESCENA III

CATALINA, GRUMIO y PETRUCHIO

Hablado

(Apenas terminada el aria aparece Grumio.)

GRU. Señora, hubiera querido poder complaceros, pero nada he hallado que sea digno de vuestro paladar delicado... La carne no es de ternera, sino de carnero que no está aderezada con pimentón sino con...
CAT. (Enfurecida de nuevo.) ¿De nuevo quieres burlarte de mí? ¡Insolente!...
GRU. Señora... es la verdad lo que os digo...
CAT. Farsante... sinvergüenza... (Aparece Petruchio.)
PETR. (Entrando.) ¿Qué es esto? ¿Qué te sucede, Catalina?
CAT. Nada, señor.
GRU. Me pedía que le trajese...
CAT. (Interrumpiéndole.) No le hagáis caso... Se ha atrevido a burlarse de mí...

PETR. (Desenvaina la espada.) ¡Burlarse de ti! ¡Insolente! ¡Voy a cortarte la lengua!

CAT. (Interceciendo.) No. Petruchio... No le castiguéis. Ya le perdono.

GRU. Me pedía que le trajese comida...

PETR. ¿Y por qué no obedeciste? No sabes que aquí sólo manda mi Catalina y que debes siempre cumplir todas sus órdenes. Ve, corre a buscar lo que te ha pedido...

CAT. Gracias, señor.

PETR. (A Grumio.) ¡Volando! (El criado va a salir pero Petruchio le detiene.) Aguarda... (A Catalina.) ¿Qué es lo que deseas, esposa mía?

CAT. Un poco de carne asada...

PETR. Mejor será si te parece, un jarro de leche. Le prefieres, ¿verdad?

CAT. Yo preferiría...

PETR. La leche... ¡Eso! ¡La leche! siempre lo que tú quieras. ¡Anda, Grumio, trae un jarro de leche! (Sale Grumio corriendo.) A los que somos de naturaleza un poco viva no nos convienen los guisos demasiado fuertes y excitantes... ¿No lo crees así, mi dulce Catalina?

CAT. Sí... Sí... Tenéis razón... (Aparece Grumio con el jarro y lo entrega a Petruchio, quien sin soltarlo dice a Catalina)

PETR. ¿Te acuerdas de mis hermosas vacas que desde la ventana veíamos pacer durante el día y cuyas esquilas resonaban a lo lejoos en las primeras horas de la noche? Pues ahora vas a probar qué rico sabor tiene la leche de sus colgantes ubres, ordeñadas para ti, por mis criados... Apostaría tu ojos a que jamás bebiste nada tan agradable. Bebe sin precipitación, a sorbitos, paladeando tan exquisita bebida... (Le da el jarro del que ella bebe con avidez vaciándolo de una vez.) Lo recoge luego Petruchio, entregandolo a Grumio que sale). ¿Qué te parece? ¿tenía yo razón al elogiar mis rebaños?

CAT. Es sabrosa... tan sabrosa que...

PETR. Que, tomarías otro poco... ¿verdad? Pero, no te conviene...

GRU. (Apareciendo.) Señor... acaba de llegar el sastre con las prendas que vos le habéis encargado para la señora...

CAT. ¡Oh! (Con alegre sorpresa.)

PETR. Dile que pase en seguida... (Vuelve a salir Grumio.) Ahora verás, Catalina, el vestido y la toca que te he buscado para que recibas dignamente a nuestro padre y a nuestros amigos y podamos celebrar con toda esplendidez y alegría la fiesta de mi santo patrón. ¡Verás qué riquezas de sedas y terciopelo, puños de encaje y cuellos alechugados!

ESCENA IV

Dichos y el SASTRE

GRU. (Entrando.) ¡Señor!

SASTRE (Asomando detrás de Grumio.) ¿Dan los señores licencia?

PETR. Pasad, sastre, pasad y mostradnos esas maravillas...

SASTRE Maravillas son, señor, y dignas de una princesa.

PETR. Dignas de una reina han de ser... Veamos...

CAT. Sí, sí. Veamos.

SASTRE Aquí está la toca... (La muestra.) Contemplada con detencion... encajes de Flandes... plumas...

CAT. ¡Oh! ¡qué hermosura!

PETR. Pero si esto es un plato de terciopelo! ¡A buen seguro que una cazuela le sirvió de molde! ¡Qué cosa más grosera y de perverso gusto... y sobre todo tan mezquina! ¡Carga con ella! ¡Quiero otra más grande! ¡Si esto es una cáscara de nuez!

SASTRE No es tal cosa, señor. Así las lucen las damas de la corte...

CAT. Yo la encuentro muy a la medida... Me gusta...

PETR. Me alegro de que no te guste... Es una toca horrible... ¡Basta! No le gusta... Como ella es buena y dócil, yo le compraré otra cuatro veces mayor... A ver el vestido...

SASTRE Vedlo, señor... talle amplio... cuellecito redondo. (Catalina lo coge y lo contempla con alegría y admiración.)

PETR. ¿Pero qué mamarracho es ese? ¿Y estas mangas?

SASTRE No las hay más bonitas. Son mangas a la española.

PETR. Bombardas parecen. ¿Abiertas de arriba a abajo como un pastel? ¿Y esos cortes y recortes y tijeretazos? Os encargué un vestido y me habéis traído la tapa de un brasero.

CAT. ¡Pero si todo me agrada y es muy al uso del día!

SASTRE Os juro, señor, por mi alma, que lo he hecho todo según vuestro encargo. ¡No os entrego sino lo que me pedísteis!

PETR. ¡Mientes!

SASTRE ¿Cómo?

PETR. ¡Mientes! ¡Embustero! ¡Vete! vete de aquí, carrete, ovillo, pedazo de hombre. (Huye el sastre llevándose sus prendas y perseguido por Petruchio. Este se vuelve luego a Grumio hablándole en voz baja. Aparte a Grumio.) Sí. Haz que paguen a ese señor tijeras y que los adornos queden aquí. (Sale Grumio detrás del Sastre.)

ESCENA V

PETRUCHIO y CATALINA

CAT. Váis a matarme con vuestras extravagancias.

PETR. ¿Por qué dices esto, Catalina hermosa?

CAT. Ni la toca ni el vestido podrán ser mejores

ni más primorosos. ¿Cómo queréis que en un día como este reciba a nuestros invitados con este traje?

PETR. Indudablemente tus vestidos son humildes, pero quedará orgulloso el bolsillo. El mejor y más barato ornamento de nuestros cuerpos, es la hermosura del alma. Que así como el sol brilla a través de negras nubes, así brilla el honor de una dama a través del más miserable equipo... La fiesta se celebrará del mismo modo aunque tú no te presentes con ricos atavíos. ¿No es verdad?

CAT. Sí, sí es verdad. Pero mirad, ya llegan los primeros convidados. Es el señor Gremio...

PETR. El es... y le acompaña Hortensio, mi buen amigo.

ESCENA VI

PETRUCHIO, CATALINA, HORTENSIO y GREMIO.

PETR. Bienvenidos, señores.

GREM. Señor Petruchio.

PETR. El señor Gremio me honra sobremanera viniendo a esta casa... (Gremio y Hortensio saludan a Catalina inclinándose) (Abrázándole.) Querido Hortensio...

HORT. Querido hermano puedes decir, Petruchio, pues formo parte ya de vuestra familia...

PETR. ¿Cómo?

CAT. ¿Qué dices?

HORT. Digo, cuñada mía, que desde hace dos días soy el esposo de vuestra hermana Blanca.

GREM. Sí, anteayer se celebró la boda.

CAT. ¿Mi hermana se ha casado... (En tono despreciativo.) con un maestro de música?

HORT. La música, señora, es la voz del amor y el amor es alma de la música. Si no os place, pues, llamarme maestro de música, podéis llamarme maestro de amor, que es casi lo mismo.

PETR. Mi amigo Hortensio no fué nunca un verdadero dómine, sino de mucha más alta condición. Se valió de un ardid de enamorado, pero es un nobilísimo caballero florentino.

HORT. Blanca y Bautista, van a llegar de un momento a otro... Nosotros nos hemos adelantado...

PETR. A todos les aguardamos para empezar la fiesta. Pero antes querréis descansar un poco ¿verdad?... ¡Grumio!... ¡Grumio!... (Entra Grumio corriendo.) Acompaña a mis queridos huéspedes.

GREM. ¡Gracias, señor Petruchio!

HORT. ¡Hasta luego, hermano! (Se abrazan mientras Hortensio le dice por lo bajo.) (¿Qué tal la fiera? ¿saca ya los dientes?)

PETR. (A Hortensio.) (Sólo los muestra para decir que sí). ¡Adiós, amigos! (Se van los dos después de inclinarse ante Catalina.) Ya os llamaremos... ¡Voto al diablo que tendremos una alegre fiesta!

ESCENA VII

PETRUCHIO y CATALINA

PETR. ¿No es cierto, esposa, que hoy será un día de felicidad? Estaremos reunidos con tu padre, con tu hermana y Hortensio... Pero ¿por qué será que me parece que estás un poco triste?

CAT. ¿Tampoco me permitís estar triste?

PETR. ¿Acaso no estás contenta al lado mío?

CAT. (Con tono serio y resignado.) ¿Por qué habláis así, Petruchio? ¿cómo puedo estar contenta? Me quitáis la comida, me impedís el sueño, me priváis de la ropa, pasáis de las burlas a las amenazas... ¿por que me tratáis así? (Sollozando.) ¿Por qué no ha de haber para mí un poco de cariño?

PETR. ¡Pero si ya sabes que soy tu esclavo!

CAT. (Con seriedad y dulzura.) ¡No os riáis de mis lágrimas!

PETR. (Cogiéndola de la mano y también de un modo serio.) Escucha, Catalina... ¿Me debes odiar con todo tu corazón?

CAT. (Vivamente.) No. Sois el único hombre que podría llegar a querer.

PETR. ¿Y no me queréis ya?

CAT. ¡Qué sé yo!

PETR. (Con cariño y atrayéndola hacia él.) ¡Perdóname, mi pobre Catalina! Mi carácter es áspero y violento. Pero tú a fuerza de dulzura, de obediencia y de amor, puedes cambiarme poco a poco. Quizás, debajo de estas garras de fiera, encontrarás una mano amiga.

CAT. (Cogiendo la mano que le tiende Petruchio.) Yo haré todo lo que pueda, pero a veces me cuesta dominarme... ¿Sabéis? ¡Mi genio sé que es brusco. ¡He sido tan mal educada, tan viciada desde niña! Pero ¿qué es lo que miráis? ¿No me oís?

PETR. (Que parece embobado mirando el cielo.) ¿Qué decías?

CAT. ¡Si os estaba hablando!

PETR. Dispensa, hija mía; ¡me he distraído mirando la luna!

CAT. La luna... ¿Estáis loco? ¡Hace un sol espléndido!

PETR. ¿Quién habla de sol? ¡Te juro que es la luna!

CAT. ¡Es el sol!

PETR. (Irónico.) ¡Contradicción eterna! ¡He dicho que es la luna!

CAT. ¡Ah... sí, sí!... No me había fijado bien... tenéis razón, es la luna...

PETR. ¿Qué?

CAT. Que es la luna... repito que es la luna...

PETR. ¡Por Dios! ¡Si es poco más del medio día! ¿Cómo quieres que brille la luna! ¡Es el sol!

CAT. ¿El sol? ¡Es verdad! Hay que estar ciego para no ver que esto es el sol.

PETR. ¿En qué quedamos? ¿Es el sol o es la luna?

CAT. Señor, es el sol. Pero si vos queréis que sea la luna, el sol dejará de ser el sol y será la luna...

PETR. Muy bien... Así, así te quiero.

CAT. ¿Habláis de veras o de burlas?

PETR. Muy de veras hablo. Pero ¿por qué me tratas tan ceremoniosamente. El *tú* franco y dulce sienta bien en los labios de una esposa.

CAT. Como gustéis...

PETR. ¿Qué dices?

CAT. Como tú quieras, Petruchio.

PETR. Gracias, Catalina...

CAT. Estoy deseosa de hacer todo lo que tú me mandes.

PETR. Pues dame un beso.

CAT. (Acercándose tímidamente). Si me lo mandas.

PETR. No. No te lo mando. Te lo pido por el amor que te tengo.

CAT. (Le besa y ambos se abrazan). Te quiero, Petruchio.

Música

PETR. ¡Oh mi amor, mi amada!
¡qué a gusto te veo
doblando sumisa,
según mi deseo
tu genio difícil,
tu raro carácter
avasallador!
Domé poco a poco
la fiera tan brava,
tan brava y hermosa
mi amada, mi amor!

CAT. Lo tienes, Petruchio,
esposa ya tienes
¡esposo querido!
cual nunca has podido

soñar otra igual.
Te quiero, Petruchio
te quiero por fuerte,
adoro en el fondo
tus duras palabras
y tu aire brutal.

PETR. ¿Me quieres de veras?

CAT. Desde el primer día
tus bruscas maneras
tu noble osadía
me fueron al alma
y el alma decía:
«¡He aquí todo un hombre!
no hay otro tan fuerte
solo él lograría
ser dueño de mí.»

PETR. De amor ha nacido
la luz que te alumbra,
a todas las cosas
amor da sentido.
Abate al potente,
al débil encumbra,
amor está en todo
que todo lo allana,
amor es la mano
que aguanta la tierra
amor al carcano
que en ella se encierra.

CAT. No puedo explicarte
lo que ahora me pasa...
amor que me quema,
amor que me abrasa,
amor es la casa
amor es la vida.

PETR. ¡Qué buena y qué hermosa!

CAT. ¡Qué bueno y qué fuerte

PETR. ¡Qué dicha poderte
tener por esposa!

CAT. Que dicha saberte
honrar por señor.

PETR. (Abriendo los brazos.)
¡Ven, mi Catalina!

CAT. ¡Ven, Petruchio mío!
(Se abrazan y se besan y quedan abrazados estrechamente).

ESCENA VIII

CATALINA, PETRUCHIO, BLANCA, BAUTISTA, LUCENIO, HORTENSIO, GREMIO y una VIUDA. Luego GRUMIO

Hablado

(Entran Bautista y todos los demás)

BAUT. (Sorprendido al ver a su hija y a su yerno abrazados.) ¿Cómo así estamos, hijos míos?

PETR. ¡Oh, señor suegro!

CAT. ¡Qué dicha la de volver a veros, padre mío!

BAUT. ¡Hija mía!

BLAN. ¿Cómo estás, Catalina? (Besándola con efusión.)

CAT. ¡Mi buena Blanca!

PETR. ¡Bienvenidos todos, señores!

BAUT. Os presento, Petruchio, a vuestro amigo Lucencio y a su esposa. (Presenta a Lucencio y a la viuda).

PETR. Me honro con recibiros en esta casa.

CAT. (A Blanca). ¿Conque también tú casada?

BLAN. Sí, Catalina, casada y feliz con un hombre al que quiero de todo corazón.

CAT. ¡Cuánto me hubiera gustado asistir a tu boda!

BLAN. Pero tú ¡qué contenta estás! ¿qué te pasa?

CAT. Ya te contaré... ya te contaré...

BLAN. (Cogiéndola del brazo). Vamos, pues, a dar una vuelta por el jardín... ¡no sé! pareces otra...

PETR. Sí, Catalina... Acompaña a Blanca... ensé-

ñale la casa... y encarga al mismo tiempo que disponga la mesa para todos...

CAT. En seguida. (A la viuda). ¿Queréis venir, señora.

VIUDA Con mucho gusto...

CAT. Hasta luego... (Con mucho cariño). Petruchio mío... (Se van las tres).

GREM. ¿No estáis atónitos, señores, de ver tanta ternura y tan dulces palabras?

BAUT. Realmente, hijo mío, nadie reconocería en vos al estrafalario Petruchio de la boda...

PETR. Perdonádmelo, señores. Fué una mala tarde... pero dependía de ella toda una vida de felicidad. ¡Soy muy feliz con Catalina! (Durante esta escena aparecen criados y mujeres acabando de arreglar).

BAUT. Resignado parecéis.

PETR. Feliz, he dicho. Felicísimo, puedo añadir.

BAUT. ¿Pero qué habéis hecho para cambiar y trastornar de tal modo a mi díscola Catalina?

PETR. Poca cosa, señor padre, me ha bastado. No he hecho sino convencerla de que, en todo, debe hacer con los ojos cerrados, mi sola voluntad.

LUC. ¡Genio y figura!

PETR. Tengo y sostengo a mi Catalina por más dócil y obediente que su hermana y hasta que vuestra melosa viudita, señor Lucencio.

LUC. ¡Ciego estáis!

PETR. Apuesto la cabeza...

LUC. ¡Valdría más que apostárais cincuenta coronas!

PETR. ¿Cincuenta coronas? Eso apostaría por mi halcón o mi galgo. Pero en fin, vayan cien contra vos.

HORT. ¿Y contra mí?

PETR. Otras tantas... El señor Bautista decidirá. Nuestras mujeres están entretenidas en sus agradables confidencias. Mandémoslas venir. Y aquel que logre ser obedecido con mayor prontitud y más buen modo, gana-

rá todo lo apostado. ¿No os parece, señor Bautista?

BAUT. De perlas.

PETR. (Llamando.) ¡Grumio! ¡Grumio! (A los demás.) Mi criado las irá llamando una por una.

GRU. (Entra.) Señor.

PETR. El señor Hortensio quiere darte un recado.

GRU. ¿En qué debo servirle?

HORT. Di a mi esposa que venga en seguida. (Sale Grumio.)

BAUT. Vendrá, ya lo creo. ¿Me dejas, Hortensio, ir a medias contigo en la apuesta?

HORT. No conviene que seáis juez y parte en un mismo litigio.

PETR. No, no, mi querido suegro. Mirad, Grumio vuelve solo.

GRU. (Apareciendo de nuevo.) Dice doña Blanca que está ocupada y le hagáis el favor de aguardarla un momento.

PETR. ¿Aguardarla? ¿Qué respuesta es esta?

GREM. Rogad a vuestra esposa no os mande otra peor.

HORT. Al fin y al cabo es respuesta cortés.

LUC. Mira, Grumio, marcha ahora con igual mensaje a mi mujer. Dile que la ruego venga un momento.

GRU. Allá voy, señor. (Sale.)

HORT. (A Lucencio.) ¿Se lo rogáis? Así es posible que venga.

GREM. Las condiciones no han sido iguales.

PEER. No importa. De todos modos el triunfo será mío.

BAUT. Esperemos el regreso del enviado.

GREM. Aquí está. (Entra Grumio.)

LUC. ¿Qué ha dicho?

GRU. Ha dicho, señor, que por estas misivas sospecha tenéis entre manos alguna broma. Que no está dispuesta a serviros de juguete. Que vayáis allí si os place, y si no que la dejéis en paz.

HORT. La cosa va de mal en peor.

GREM. Y ahora acabará de pésima manera. ¡Fortuna la mía de no haberme casado!

PETR. (A Grumio.) Dile ahora a Catalina, que la ordeno que venga inmediatamente. (Vuelve a salir Grumio.)

BAUT. ¡Dios nos valga! ¡Ya espero la respuesta!

GREM. Quizás sería más discreto no esperarla.

PETR. La respuesta está aquí, señores míos.

BAUT. ¡Catalina!

CAT. (Entrando a todo correr.) ¿Qué quieres, mi Petruchio?

PETR. Escucha, ¿en dónde están tu hermana y la mujer de Lucencio?

CAT. Estábamos los tres conversando.

PETR. Bueno. Hazlas venir.

CAT. ¿Y si no quieren?

PETR. Los traes a la fuerza. (Catalina sale corriendo.)

GREM. ¿Qué significa eso?

PETR. Significa paz, amor, respeto necesario en la esposa, una vida tranquila, y en fin, la felicidad.

HORT. Has ganado la apuesta.

LUC. Es verdad.

BAUT. Y al importe de la apuesta, pienso añadir veinte mil escudos como dote.

PETR. Con otros tantos la dotastéis.

BAUT. Aquella era otra Catalina. Me habéis dado una hija nueva y justo es que yo la señale un nuevo dote. (Entra Catalina llevando de la mano a sus dos compañeros hasta llegar delante de Petruchio.)

PETR. (Satisfecho.) Gracias, Catalina. Díles ahora a estos dos ancianos (Señala a Blanca y a la Viuda.) lo que debe una dama a su legítimo marido.

CAT. ¿A qué ancianos?

PETR. A estos. (Vuelve a señalar a las dos damas.)

CAT. ¡Ah, sí! ¡Ya comprendo! Venerables ancianos: con todo el respeto que se merecen vuestras luengas barbas plateadas...

BLAN. (Interrumpiéndola.) ¡Qué disparates! ¡Habráse visto obediencia más necia!...

HORT. (A Blanca.) Su obediencia sabrá me cuesta de momento cien coronas.

LUC. (A la Viuda.) Y a mí, cien más la tuya.

VIUDA Torpe fuiste al contar con ella.

BLAN. No se puede mandar tan despóticamente.

VIUDA Y menos a los dos días de la boda.

PETR. Mira, Catalina mía, estas dos personas no son ancianos sino lindas jóvenes. Diles, pues, yo o quiero, lo que una esposa debe tener presente.

BLAN. Sermones ahora.

VIUDA Basta de burlas.

CAT. Desarrugad ese ceño, hermosas jóvenes, y no lancéis miradas altivas. Ese mal gesto no os sienta bien. Estando así ni el hombre más se tiente podría beber una gota. Os aseguro por este sol... (Mira a Petruchio dudando hasta que éste hace un signo afirmativo). Sí... por este sol, que la mujer más orgullosa, más independiente, más... más fiera... debe humillarse, como yo lo hago, poniéndose a los pies de su esposo. (Va a hacerlo).

PETR. No, no... ¡Abrázame Catalina! Ni por encima de mí, ni debajo de mis pies. A mi lado...

BAUT. (Con cariño). ¡Hija mía!

GREM. Es un milagro.

PETR. Sí, esposa de mi vida: siempre a mi lado. En mi corazón. (Los invitados, los sirvientes y gente de pueblo, todo el coro, forman círculo en derredor de los protagonistas).

Música

PETR. Y ahora que empiece
la parte mejor,
estalle el contento;
rebose el humor,
mis buenos amigos,
mi padre y señor,
ved todos que hermoso
milagro de amor.

TODOS Estalle el contento
rebose el humor,
milagro éste ha sido
milagro de amor.

CAT. Mi fuerte Petruchio,
mi esposo querido,
que dicha poderte
llamar dueño mío.

BLANCA Y VIUDA En dulce paloma
trocóse la fiera.

BAUT. Y HORT. Y es buena y es dócil
y es sumisa y tierna.

TODOS Florece en sus labios
amor y ternura
y tiene su rostro
mayor hermosura.

PETR. ¡Catalina mía!

CAT. Mi dueño y señor.

PETR. Mi esposa adorada.

CAT. Mi gloria, mi amor.

TODOS De amor que está en todo
milagro éste ha sido,
que a todas las cosas
amor da sentido.
Amor es la mano
que aguanta la tierra,
amor el arcano
que en ella se encierra,
amor que en las almas

de todos anida,
amor que es el cielo,
amor que es la vida.
¡Estalle el contento,
rebose el humor,
milagro este ha sido
milagro de amor!

TELÓN

FIN DE LA OPERETA

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgó
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El nido ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S. Martín
El desdén con el desdén
Cuento inmoral
Amor de amar
La dama de las camelias
La domadora de leones
Los dos sargentos franceses
El Místico
García del Castañar
La fierecilla domada

Seguirá la comedia en tres actos de L. F. de Moratín

: EL SÍ DE LAS NIÑAS :

Precio: DOS pesetas